



**Rostros de
la literatura
lgbt eslovena
y española**

Literatura LGBT eslovena

A modo de introducción es necesario contar que Eslovenia solo es un estado independiente desde el año 1991; anteriormente había pertenecido a varias formaciones estatales, veamos, en el siglo XX perteneció a Yugoslavia, y antes, durante varios siglos, estuvo bajo el dominio del Imperio austro-húngaro. La lengua eslovena, hablada hoy día por unos dos millones de personas, durante mucho tiempo ha sufrido amenazas, y solo con el período de las Provincias Ilirias bajo Napoleón obtuvo un puesto en la educación; probablemente por eso, la literatura escrita en esloveno tuvo un desarrollo más tardío, a saber, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, y con especial vigor durante el siglo XIX. Los elementos homoeróticos no aparecieron hasta principios del siglo XX, debido en parte a la influencia de la decadencia europea.

Sin duda, los puntos de vista más liberales durante el período de entreguerras hicieron posible la publicación de una novela como *Dečki (Muchachos)*, 1938, de la mano de France Novšak cuando este solo tenía 20 años. La obra, que trata de un amor entre dos muchachos dentro de un internado católico, a día de hoy despierta reacciones positivas; sin embargo, en su momento, cayó en el olvido después de la Segunda Guerra Mundial, hasta que el activismo LGBT supo recuperarla y proclamarla como la primera novela *gay* eslovena. No obstante, hubo que esperar hasta finales de la década de los ochenta para que apareciera una literatura *gay* más explícita. Algo parecido ocurrió con la literatura lésbica, apenas existente antes de los años noventa del siglo pasado. En el ámbito de la literatura, dominada por hombres, no había exactamente mucho espacio para mujeres escritoras. Vale mencionar, como mucho, la obra de la abogada Ljuba Prenner, autora por cierto de la primera novela negra eslovena, la cual afirmaba que no era «ni hombre ni mujer».

La década de los ochenta trajo un sinnúmero de movimientos sociales nuevos, entre ellos, el activismo *gay* y lésbico. En 1984 se organizó en Liubliana el primer Festival Magnus, acontecimiento a favor de la socialización de la homosexualidad, el primer evento no solo en Yugoslavia, sino en toda Europa del Este. El abajo firmante, en 1989, editó una antología de poesía mundial del siglo XX de temática homoerótica, proyecto que tuvo muy buena acogida en aquellos tiempos liberales que corrían, y cuya edición, además muy pronto se agotó. Un año más tarde, en 1990, como activista y *gay*, un servidor creó Lambda, una colección especial de libros LGBT en la Asociación Škuc. Hasta la fecha de hoy hemos sacado 170 títulos, literatura en su mayoría, pero también obras del área de humanidades. El primer libro, *Modra svetloba (Luz azul)*, recogía fragmentos de amor homoerótico en la literatura eslovena, y demostró que la colección animaría en el futuro a autores autóctonos a practicar una escritura más explícita.

Así surgieron nuevos nombres, entre los cuales, algunos se han convertido en autores clave de la literatura LGBT. En la misma colección, cuatro años más tarde se publicaría el primer poemario de Nataša Velikonja, *Abonma (Abonos)*, considerada como la primera poetisa manifiestamente lesbiana. En cuanto a la prosa, Suzana Tratnik ocupa el lugar más destacado, activista lesbiana de larga trayectoria, publicó su primer libro de cuentos titulado *Pod ničlo (Bajo cero)*. Tratnik además es autora de la novela *Ime mi je Damjan (Mi nombre es Damjan)*, del año 2001, cuya temática aborda cuestiones trans. Otras escritoras eslovenas de obras de ficción han seguido su huella, además de varias poetisas que han levantado una literatura lésbica muy sólida y también ampliamente reconocida y premiada.

Sin embargo, la escritura *gay* se ha desarrollado bastante menos durante ese período, lo cual puede deberse al dominio de los hombres entre las autoridades dentro del campo de la literatura. A la luz de esto, es sintomático que la mayoría de los escritores *gay* viva fuera de las fronteras de Eslovenia. Conectar con el extranjero, justamente teniendo en cuenta que escribir literatura LGBT en una lengua minoritaria significa una condena a un número más bien limitado de lectores, es también una de las actividades más importantes de la colección de Lambda. La conexión entre la literatura eslovena y la extranjera ha dado lugar a talleres internacionales de traducción, un sinnúmero de representaciones de autores extranjeros en Liubliana, mesas redondas sobre literatura LGBT y la publicación de dos amplias antologías de literatura europea contemporánea.

Pero los caminos también corren a la inversa, y a lo largo de los años, la literatura eslovena, a su vez, se ha presentado en varias ciudades europeas. Brane Mozetič, por ejemplo, es el tercer autor más traducido; Suzana Tratnik es la autora más traducida, lo cual, a nuestro pesar, no les otorga un lugar especial en un mundo aún bastante heteronormativo de la literatura eslovena.

Brane Mozetič

Literatura LGBT eslovena

— Aljaž Koprivnikar (1987),

poeta, crítico, traductor, editor y organizador de todo tipo de festivales literarios, ha publicado poesía en revistas y antologías literarias tanto eslovenas como internacionales. Su obra, además, ha sido traducida a varios idiomas. Su debut poético *Anatomía* fue publicado en 2019 en Grecia (en traducción griega) por Ediciones Vaxxikon, y más tarde, ese mismo año, salió una versión ampliada en Center za slovensko književnost, Eslovenia. Durante muchos años ha trabajado como «mediador literario» entre distintas literaturas europeas, traduciendo poesía y prosa, coeditando revistas y antologías y organizando festivales literarios. Actualmente divide su tiempo entre Liubliana, Berlín y Praga. En Eslovenia, Aljaž Koprivnikar trabaja como miembro activo en varias organizaciones literarias (vicepresidente de la Asociación Eslovena de Críticos Literarios, representante del Comité de Traducción y Derechos Lingüísticos de PEN Eslovenia, director artístico del Festival Fabula, coordinador jefe de la plataforma europea Versopolis y de los proyectos ArtAct, ThinkPub y NovelEU). En Berlín colabora regularmente con la editorial Lettretage, y en Praga, Koprivnikar es director de programación del festival literario internacional Microfestival de Praga.



fot: Anja Šimic

Las cosas incompletas se vuelven ruinas

Cada paso
fuera de la habitación
te mueve
la necesidad de ser retirado
de salvar
la vida
las fotografías
los libros
...
cuando los huesos de las palabras

Apago las luces
y la habitación está llena
de un aroma a tormenta.

Dirijo con cuidado
debajo de las sábanas
electrificadas, caricias
inconcebibles, cavo profundo

más y más profundo
y muerdo
tu carne infantil.

Un relámpago cae.
Rechazo
el dinero
para un taxi.

—
Traducción de
José Adalberto García López

foto: Boštjan Pucej GOGA



Literatura LGBT eslovena

— **Jedrt Maležič** (1979) es escritora y traductora de literatura inglesa y francesa. Su traducción de la novela *Vernon Subutex Vol. II*, de Virginie Despentes, ganó el Premio Nodier del Instituto Francés de Eslovenia en 2024. Es autora de tres colecciones de relato breve (*Mentales pesados*, *Colores de combate* y *Doscaras*) y tres novelas (*Pito, pito gorgorito*, *Medio asesinas* y *Cruces y rayas*). Como escritora, Jedrt Maležič ha sido nominada a distintos premios, como el Premio Kresnik, la Criba de la Crítica, Mejor Primera Novela de la

Feria del Libro y Novo mesto short. La obra *Mentales pesados* también se ha publicado en español (Teguste, Baile del Sol, 2024), *Colores de combate*, en macedonio, y la novela *Medio asesinas* está a punto de publicarse en alemán. Sus relatos han sido incluidos en antologías nacionales e internacionales (*It's Already Morning of the Next Day*, *Winzige Anomalien*, *Ereignis in der Stadt*).

La nuestra no

Que las tías bailaran relajadas delante de mí en la tele me parecía algo sobrentendido, así que subí el volumen. Pero en la sala de terapia de grupo, al lado de los esbeltos conjuntos armonizados y entonados que se movían con agilidad siguiendo la coreografía, apareció también una criatura barrigona torciéndose con negligencia. En ese momento, alguien debería haberme pellizcado para creérmelo. Con un peinado aplastado, lleno de remolinos, resultado del continuo yacer en la cama de hospital en la habitación contigua, María se dejaba llevar por su allanado culo bamboleante como si yo no estuviera. La música de la tele no cuadraba con ella, en absoluto.

Era torpe de remate y me burlaba de ella mentalmente como en el primer curso nos habíamos recochineado de los compañeros demasiado inocentes o demasiado listos o demasiado lentos en lectura o poco normalizados porque sabíamos que nosotros mismos podríamos encontrarnos en su lugar si no hubiésemos aprendido a mentir muy pronto. Ahora sentía un alivio bastante parecido al de entonces. Era consciente de que ni yo misma estaba pasando por el mejor momento y por eso me fastidiaba que alguien del que sabía claramente que *no* estaba bien, manifestase su júbilo, y, encima, con la música

que yo había pensado reservar para mí durante la siesta, para fantasear cinco minutos sobre la fama y la belleza. Una escena asquerosa, pensé al fijarme descaradamente en el macizo culo de María que pirueteaba, gruesa y rebosante, por las esquinas del salón.

En ese momento entró Karmen. Me vino a la mente mi conversación con ella de aquella mañana mientras estuvimos tomando café en el chiringuito para quejarnos de lo insulsa que nos resultaba la terapia de aquí, de que nos tomaban por idiotas. Karmen era ex bailarina que terminó en el psiquiátrico tras una grave lesión. Deprimida y suicida, dijeron. Le habían salvado la vida, por así decir. Tardaría años en poder volver a bailar, esa fue la explicación que le dieron.

Karmen, por supuesto, no pudo hacer caso omiso del baile de María. María podía bailar, aunque no sabía hacerlo. Karmen no podía bailar, aunque era seguro que bailaba considerablemente mejor que las niñas de la tele. Se apoyó en el marco de la puerta para observar en silencio. A mí, con el mando en mi mano, y a María, con su grasa en la pista de baile. Me parecía que no tenía ganas de reír. Por un momento pensé que me tomaría por cómplice de algo, de modo que, automáticamente, bajé del todo el volumen del programa musical. La música no me importaba.

En un hospital, toda la música suena igual. Creo que Karmen se dio cuenta de mi consideración porque levantó las comisuras de los labios. Pero María, con su brazo extendido en un amplio arco, me arrancó el mando y pulsó el botón del volumen. De nuevo retumbó la matraca, ahora con incordio, invasiva, y Karmen y yo miramos inertes la pantalla como si esta representara nuestra impotencia.

Estuve esperando. ¿Agarro a María y la inmovilizo a la fuerza? Esto no se puede hacer, esto no se hace. Me encogí de hombros, dirigiéndome a Karmen, que ahora ya estaba sonriendo.

Movía la cabeza con incredulidad, fijándose en María, quien, por primera vez, aparecía ante mis ojos como vulgar y desenfrenada, pero no atiné a resolver por qué. A lo mejor porque elegía unas posturas supuestamente sexis como si el mundo entero estuviera a punto de reducirse a polvo, pero ella aún echaría uno antes de que ocurriera esto. Me dio vergüenza fijarme en ella con los ojos abultados, y mi mirada se desvió sola.

Entonces Karmen se puso a su lado y bailaron hombro a hombro. Karmen extendió los brazos y agitó uno para que me juntara con ellas, pero yo me negué confusa. Tomó mi mano y tiró de mí para dejarme en medio de la sala de terapia, pero no fui capaz de hacerlo.

“Demasiadas cosas en las que estoy trabajando”, le dije y mostré mi colmada cabeza. Rebosante de sofocos. Su pista de baile no podía ser la mía.

No me quedaba más remedio que observarlas desde un lado. Karmen, que es una chica esbelta y hermosa, interpretaba el papel del aire, María, el papel de la tierra. No sé exactamente cómo baila el aire, pero será de forma aérea. Entre sus inhalaciones y exhalaciones puntuales había pausas largas en las que no respiraba nada. Tal vez ni siquiera lo hacía yo, que me había quedado de pie allí al lado, asombrada por su elegancia.

María, que reverberaba sumida en su danza ritual, bailaba de modo terrenal y tribal. Se me ocurrió que yo también bailo así cuando no hay nadie que me juzgue. Bailo como si quisiera aplastar este mundo y, después, parirlo otra vez. Como si me hincharan de droga y, así, no sintiese dolores. La música se volvió, de repente, muy detestable, en absoluto algo mío. Pero sentía de forma inconsciente que me relajaba y que estaba a punto de mover un hombro. Y un pie. Y los brazos. Y las caderas. Y ya estaba bailando con ellas.

Al terminar la pieza, salió la publicidad, y en ese momento noté que María apestaba a sudor. Karmen rio con alegría y me dio palmaditas en la espalda, lo cual para mí fue un cumplido. No sabía cómo abordar el tema cuando nos sentamos juntas y María volvió a hundirse en su sillón de siempre en el rincón de ese espacio triangular y se quedó callada. Deseaba preguntarle a Karmen si, entonces, no era verdad que ya no bailaba, que no quería bailar más, que no podía – pues es lo que me había dicho por la mañana.

En vez de esto le dije: “¿Te duele?” Y apunté hacia su lesionada rodilla. “Ah, sí que me duele, sí”, contestó Karmen. “Pero aquí arriba”, y señaló su corazón. “Y aquí”, su cabeza. No tuve una respuesta razonable. Le pregunté qué coreografía le había jodido. Me aventuré a hacerle esa arriesgada pregunta porque era evidente que estaba de buenas. Sin embargo, no le sentó muy bien.

“Bueno, no quería decirte que tienes que *enseñármela*”, dije para mitigar mi impertinencia. “Solo me interesaba, ya que estamos con el tema de bailar”, dije y se me ocurrió que, en el fondo, a veces también utilizo mis artes de atracción para entablar amistades.

Coqueteo con la gente que deseo tener en mi vida. En esos últimos tiempos, la mayoría habían sido los deprimidos y los anoréxicos porque, curiosamente, me resultaban tranquilizadores. Los maníacos no me interesaban pues yo sola sufría de una sobrecarga de energía y necesitaba paz, necesitaba a gente con ganas de vivir y no a los que se apretujaban en una cola a ver si arrancaban un pedazo de vida. Necesitaba a los heridos que no se peleaban por naderías y que desatendían a la vida. Tal vez yo, en cambio, tenía demasiadas ganas de experimentar sola con todo y con todos como para tolerar una competencia. “¿Te la enseño?”, me dijo Karmen incrédula y se levantó. “¿De verdad quieres ver cómo me despachurré?”

Empezaba a sonar el siguiente tema, algo de qué sé yo, algo de quita y pon. Karmen chasqueó los dedos unas cuantas veces y se entregó, con un bello deslizamiento, al paso de danza contemporánea. Creí que de verdad me lo enseñaría, que de verdad se libraría con tanta ligereza de la carga de su trauma de muchos años, pero, en aquel momento, nuestra querida morsa volvió a levantarse del sillón y estropeó la escena. Soy asquerosa, le tengo envidia, se me pasó por la cabeza. Era obvio que el corazón de María se había puesto a cantar. Y a bailar.

Frente al primor de Karmen, ella parecía crudamente burda, y tuve una sensación aún más desagradable cuando, bailando, se puso a lanzar aullidos de alegría como si fuera a estallar y uno de sus fragmentos fuera a parar en mis asomadas narices.

El final de la canción me pilló en el asiento en el que me había quedado estancada y boquiabierta como una vieja solterona sin pareja de baile. “Ah, ya vale”, dijo Karmen y se secó el sudor de la frente. Se sentó a mi lado diciéndome que al son de esa música no podía bailar toda la coreografía que había frustrado su carrera. Y que no se acordaba del todo de cómo iba.

Asentí llena de comprensión, cuando la apastosa María se sentó con nosotras y agitó los brazos en el aire. Comprendí lo que quería solo cuando le dio un achuchón a Karmen. Quería darnos un abrazo. A sus parejas de baile. Sin más, me estrujó a mí también, ni siquiera me había dado la oportunidad de negarme. “Joder, lo bien que nos lo estamos pasando, tías”, dijo. No me gusta que alguien me llame tía.

A Karmen se le iluminó el rostro cuando recordó que tenía algo para “nosotras dos”.

Nosotras dos no existimos, pensé, pero me callé porque la curiosidad pudo más que yo. “Esperad aquí, ni os mováis”, desapareció hacia su habitación al final del pasillo. Mientras tanto, María se acercó amenazante hacia mi torso preparándose para abrazar otra vez mi cuello con los michelines en sus brazos. Al menos así parecía. Cuando me aparté un poco con cara de asco, se limitó a acariciar mi mejilla y decir algo rarísimo. “Nuestra”, dijo. O, a lo mejor: “Muestra.”

Solo eso.

“No hay ninguna muestra ni yo nuestro nada”, contesté y la miré fijamente, llena de duda.

Me parecía haber oído mal, pero “nuestra” en ese contexto no me decía nada. No soy ni suya de ella ni suya de ellos, en absoluto pertenecemos a la misma tribu. “Ya sé, ya sé”, me sonreía, casi con cariño, acariciándome la mejilla. No me besaré, no. No pensará de mí, oh, mierda, ¿no pensará de mí que soy...?

“Me das pena, mi niña. Ya aprenderás. Será cada vez más fácil. Aun con esto se puede vivir.”

— Traducción de
Marjeta Drobnič

Literatura LGBT eslovena

— **Brane Mozetič** (1958) es poeta, narrador, traductor, editor y LGBT activista de Eslovenia. Ha publicado dieciséis poemarios, tres novelas, un libro de relatos y seis libros ilustrados para niños. Se han publicado ochenta traducciones de sus libros. En español se han publicado sus poemarios *Mariposas* (Buenos Aires), *Poemas por los sueños muertos* (Málaga), *Banalidades* (Buenos Aires y Madrid), *Esbozos inacabados de una revolución* (Tegueste), *Obsesión* (San José), *Y más* (Granada), *La revolución del cuerpo* (Ciudad de México) *La ventana* (Tegucigalpa), la colección de relatos *Pasión* (Madrid), novela *Historia perdida* (Tegueste) y dos libros ilustrados para niños *El país de las bombas* (Barcelona) y *Mi primer amor* (Barcelona). Brane Mozetič es editor de Lambda LGBT, sello editorial que ha publicado ciento setenta títulos desde 1990. También es coordinador del Festival de Cine LGBT de Liubliana, el más antiguo de Europa en su género.

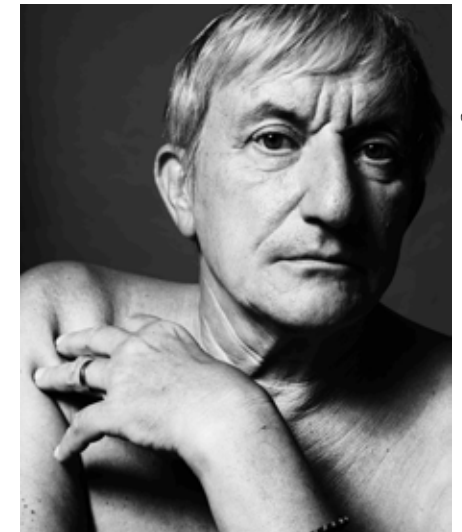


foto: Rick Burger

amantes cubanos. amantes por una noche. cuando parece que los cuerpos se devorarán, sin separarse jamás. las revoluciones solían abolir todas las prohibiciones sexuales. aunque no por mucho tiempo. aquí han tratado de conservarlas, pero los músculos en tensión siempre saben encontrar al otro, unirse en un beso apasionado y saciarse. amantes por las calles, abrazándose sin parar, tocándose, acariciándose, y los hombres cachondos de los balcones vecinos que silban, que menean sus pollas, escupen ofensas, y tú les haces un corte de mangas, y los amantes ríen, dentro de una tarde cálida, bochornosa, y guías mi mano hacia la piel debajo de tu camiseta, que tiembla sudada, palpita, de sed y de hambre, y te adhieres a mi boca como ahogándote, amante por una noche.

— Traducción de
Marjeta Drobnič

HISTORIA PERDIDA (fragmento)

Viernes, 31 de julio

Después del mono de la droga, Arjun apareció de nuevo en casa. Era miércoles y estaba empeñado en salir conmigo, solo él y yo. Quería ir a Palma, decía, allí no veríamos a Barbara. En el fondo, ¿qué me quería contar? Con estupor lo miré y pensé que me esperaba un fin de semana parecido a los anteriores.

—Oye, tío, ¿alguna vez te he hecho una faena? Te confirmo que Barbara se ha ido con sus viejos a la playa y no va estar en Palma ...

Una vez en el club de Palma, de vez en cuando, Arjun se permitió algún manoseo conmigo, de modo muy superficial, y, por supuesto, muy a escondidas. Pronto nos abastecimos de droga, había camellos a punta pala. Comprarnos, eso sí, pero no nos colocamos enseguida. Me di cuenta de que yo, en estado abstemio, me faltaba valor para echarme encima de Arjun, así que, cuando él me metía mano, yo permanecía de hielo. ¿Es que solo me atraía cuando estaba flipado?, empezó a rondarme por la cabeza. ¿Las fiestas me han vuelto majareta y me han trastornado el coco? Arjun sacó un tripi e insistió en que había que ir al lío.

—Te sentirás mejor ..., ya verás. Te hará bien —perseveró.

Y así fue. Si bien algo más tarde, pero daba igual.

Fuera quemaba el sol. Fuimos a tomar un café, a ver gente que iba al trabajo y, por supuesto, nos entró la risa boba. Delante de mis ojos, un vaivén de colores, yo flotaba en el aire, dando rienda suelta a la lengua.

—Tú y yo estamos piraos —dijo Arjun.

—Somos los hermanos Bolek y Lolek —apunté con determinación.

Era de cajón, sin dudar un momento, enseguida nos metimos en la piel de los muñecos de dibujos animados. ¡Tal cual, porque sí!

—Bueno, Lolek, vamos a dar una vuelta.

—Bolek, no tengas prisa. Espera a que me beba el café.

—Uf, Lolek, ¡eres más lento!

—¿Qué dices, Bolek, si vamos a una tienda erótica y compramos Popper?

—¿Y si alguien nos ve?

—¿Quién nos va a ver, Bolek?

—Lolek, Lolek, te olvidas de que todo el mundo nos conoce ...

Y empezamos a marear la perdiz, que si patatín que si patatán. Convencidos de que éramos dos personajes de la televisión y que la gente nos observaba.

—Eh, mira, por allí van Bolek y Lolek, comentará alguien.

—Nos hacemos los invisibles.

—Vale, Bolek, lo que tú digas ...

Rápidamente nos levantamos y nos encaminamos con precaución a la tienda erótica. Evitamos las calles anchas con mucha gente para no ser vistos. Delante de la tienda, surgió otro problema:

—Lolek, vamos a recapacitar.

—¿Sobre qué, Bolek?

—¿Cómo vamos a comprar Popper?

—¡Ah! Tú eres el más inteligente, Bolek, invéntate algo ...

—Es mejor que entre solo uno ...

—Sí. Pero, ¿por qué solo uno, si somos dos?

—Si entramos los dos, nos reconocen.

—Vete tú, Bolek, a ti no te reconocen ...

—Dame tu camiseta y tu gorro, así me disfrazo un poco.

—Eres más listo que el hambre.

Con el Popper conseguido, corrimos hacia la primera esquina y lo abrimos. Arjun empezó a inhalar como un loco, se puso rojo y gritó:

—¡Feteeeeééén!

Nos entró la risa y la droga hizo que aceleráramos el paso. Seguíamos siendo Bolek y Lolek, solo que menos tímidos. Inhalando del frasquito de Popper, aumentaba el colocón y nos daba más risa. A veces, hasta teníamos que pararnos y sentarnos en la acera, ¡tanto pegaba la droga! Entramos en dos tiendas pretendiendo que íbamos a comprar algo.

—Pruébate estos pantalones, Lolek.

—¿Te gusta el color?

—Por supuesto, Lolek, ¿no has leído que este año el verde está de moda?

Las dependientas nos miraban con cara de asombro. Hasta las espantábamos con nuestra risotada.

Hacia el mediodía se juntó Tim. Alucinaba con nuestro acto de comedia, pero no dijo ni pío. Adoptó un papel de condescendiente, alertándonos de los coches y otras amenazas, pues íbamos por la calle como dos pollos sin cabeza.

—¿Cuándo vais a regresar de los dibujos animados?

—¿Y este tipo quién es, Bolek?

—Ni la menor idea ... Probablemente un fan ...

Lunes, 17 de agosto

Después de volver a Liubliana, hubo unos días que no nos vimos. Luego, otra vez sí. Arjun me sacaba de casa un día sí y otro también, siempre terminábamos drogados. También de día. Nos dedicábamos a patear el centro de la ciudad, todo nos parecía maravilloso, y yo lo miraba, lo admiraba, hacía lo imposible por tocarlo, y nuestras charlas siempre

giraban en torno a nosotros. Por su parte no había resistencia. Nos parecía de lo más normal por ejemplo salir los viernes de marcha. Le daba morbo ponerse ciego de drogas.

—Venga, otra dosis —solía decir.

—¡Anda ya! Yo ya lo veo todo muy borroso ...

—Eso no es nada ...

Perdí el control de la cantidad de droga que consumíamos.

En algún lugar, sentados, no podíamos hacer otra cosa que menear la cabeza. Su cuerpo, apretujado contra el mío. Para mantener dicho estado, estaba dispuesto a tomar otra pastillita más.

—Tengo un calor espantoso, anda, vamos a salir un poco ..., vamos a sentarnos en el coche —dijo.

Arjun ni esperó a mi respuesta, se levantó sin más, me cogió de la mano y me llevó consigo. Una vez fuera, me soltó la mano. Arjun tomó las riendas del asunto. En el coche encendió el radiocasete, metió una cinta —parecía tenerlo todo calculado— y empezó a sonar el tema de Fable.

—Vámonos de aquí ..., buscamos una calle donde haya algo de paz ...

Me gustaba que él decidiera, yo no hacía nada por oponerme. Entretanto, Arjun buscaba algo en los bolsillos.

—Tomamos otra dosis, ¿verdad? Esta vez la esnifamos ..., tendrá un efecto más cojonudo ...

No respondí. Paré el coche en un lugar oscuro, desmenuzó el éxtasis, me pareció que tardaba una eternidad, hizo dos rayitas, con un billete hizo un rulo, esnifó y me lo pasó a mí.

—¡Cómo pica! —dijo Arjun, arrugando la cara.

Me temblaron las manos, apenas daba con la raya. Me temblaban las mandíbulas, quería decir algo, pero no era capaz. ¡Y venga droga! Arjun echó su asiento hacia atrás.

—Echa el tuyo también ..., relájate ... ¿Estás bien? Nuestra escapadita de la playa ..., ¡fue la rehostia, tío...!, hay que repetirlo.

Solo era capaz de asentir con la cabeza y contemplar a Arjun. No podía ni mover un dedo, así que él se movió, me pasó un brazo por encima y me ayudó a echar el asiento hacia atrás. Tumbados —uno al lado del otro—, yo estaba bastante cómodo, él, en cambio, no podía estarse quieto. Arjun se pasó la mano por la entrepierna y se restregó la polla. Una y otra vez. Me miró y se abrió la bragueta.

—Coño, me muero por pelármela ...

Arjun se sacó la polla, ya la tenía dura, y empezó a hacerse una paja.

—Solo que no me toques ..., ¿vale?, solo puedes mirar.

Yo en silencio. Solo miraba. Sin saber si aquello me gustaba o no. Más que nada, me provocaba confusión.

—¡Hazte tú también una paja!

Hice oídos sordos, o tal vez, no quise oír.

—¿Qué coño esperas?

Mirándome, Arjun siguió con su paja. A continuación, estiró el brazo, me abrió la bragueta y me sacó la polla. La tenía morcillona. Normalmente la tengo así cuando estoy colocado. Sentí unas ganas locas, eso sí, por unas caricias, unos besos, pero yo aún no estaba preparado para el acto sexual. Arjun empezó a meneármela pero no consiguió empalmármela

—Pero si la tienes super floja ..., No decías que te pongo mogollón ..., y cuánto me quieres y no sé qué..., ¿ahora qué coño te pasa?

Arjun estaba disgustado. Y yo me sentí mal, como si no hubiese cumplido con sus expectativas. Yo mismo empecé a pajearme, de alguna forma, digamos, para satisfacer sus necesidades. Pero sin tener ni la menor idea cuáles eran exactamente las necesidades de Arjun en ese momento.

—No voy a poder ..., es por culpa de la droga ..., siempre me pasa igual —dije, disculpándome.

—Joder, tío, eres la ruina ... —dijo Arjun, encarándose conmigo.

Me soltó de golpe como si le diera asco y se guardó la polla. Incómodo, me cerré la cremallera del pantalón. Hubo un silencio total. A pesar del colocón que llevábamos encima, hubo una tensión desagradable en el coche.

—Vámonos —gruñó.

Arranqué el coche y volvimos al club, donde Arjun se perdió por no sé dónde, y yo me senté en un rincón como un perro apaleado. Al cabo de un rato —seguro de mí mismo—, salí del club, cogí el coche y volví a casa. Hasta yo mismo me extrañé de tal decisión, tan brusca y sin despedirme de él, es decir, de hacer todo lo posible por abandonar cuanto antes el club.

* *

— Traducción de
Santiago Martín



Literatura LGBT eslovena

— **Suzana Tratnik** (1963) se

licenció en Sociología por la Facultad de Ciencias Sociales de Liubliana, y luego y obtuvo un máster en Antropología de Género en el *Institutum Studiorum Humanitatis* (Liubliana). Es escritora, traductora, ensayista, activista lesbiana y colaboradora del Lesbian Quarter Festival y del LGBT Film Festival. Ha publicado ocho colecciones de ficción breve, seis novelas y varios trabajos académicos sobre activismo y literatura lésbica. Ha escrito un monodrama basado en su novela *Mí*

nombre es Damjan y dos obras radiofónicas. Dos de sus obras, *Posiciones geográficas* (Madrid) y *Ninguna voz* (Guadalajara), han sido publicadas en español. En 2007, recibió el Premio del Fondo Prešeren de Literatura, seguido del Premio Novo mesto de ficción breve, y los Premios Dozen y Levstik de Literatura Juvenil. Sus libros y relatos se han traducido a treinta idiomas. Suzana Tratnik ha traducido varios libros de ficción y no ficción de literatura británica y estadounidense. La ficción de Suzana Tratnik entrelaza dos temas centrales: por una parte, el destino de las existencias marginales en la sociedad urbana contemporánea, por otra, una mirada a la infancia en la década de los sesenta y setenta del socialismo yugoslavo.

Intimental

* *

Una voz amable pronuncia mi nombre por megafonía. En cuanto entro en la pequeña sala de recepción, la puerta se cierra automáticamente detrás de mí.

Una mujer sentada a un escritorio me lanza una sonrisa.

—Siéntese, por favor.

Echa un vistazo a mi documentación.

—Usted es...

—Sí, soy yo. Tengo cita para recibir asesoramiento.

De modo empático, la mujer asiente con la cabeza y sigue hojeando mis papeles.

—Enviaremos su expediente a la asesora. Usted tiene cita para...

La verdad es que todo figura ahí. Sé que o está analizándome o está intentando establecer conexión con mucho tino.

—Acelerar la muerte por razones piadosas —digo.

Ahora soy yo la que se ha puesto a examinar a ella. En su cara no se mueve ni un solo músculo. Cierra la carpeta y me clava la mirada. Su expresión es tan clara e inequívoca como antes. Esa voz incolora de la megafonía podría ser la suya.

—Habitación número 53, planta P. Siga el pasillo, a la izquierda encuentra el ascensor. O las escaleras, si no es una molestia.

Introduce mi expediente en un cajón electrónico de su escritorio. Me levanto.

—Nada es una molestia para mí —le digo cuando me encuentro donde la puerta.

Llamo con los nudillos a la habitación número 53. No oigo respuesta, pero entro. Un hombre mayor con gafas me observa con atención. Asiente con la cabeza. Cierro la puerta; ahora veo que la puerta tiene un acolchado, y me siento, sin que nadie me haya invitado a sentarme. Conozco el procedimiento.

Ya había sacado mi carpeta del cajón electrónico, y ahora me espera en su escritorio vacío.

Estira los brazos y se inclina ligeramente hacia delante en la silla. Yo hago lo mismo. Nos damos la mano.

—Doctor Mandragoli. Bienvenida —dice—. O sea, suicidio asistido. Dígame, ¿cómo de grave?

—Muy grave —digo. Mi voz se quiebra—. Estoy agonizando.

Se me escapa una sonrisa inapropiada.

—¿Qué toma para apaciguar el dolor?

Me encojo de hombros.

—De vez en cuando algo de Loram. También tengo Sanval, pero aún no he empezado a tomarlo.

Asiente con aprobación.

—Entonces, ¿duerme bastante bien?

—Por la noche me emborracho.

Le lanzo una mirada provocativa. A ver si va a reprochármelo. Pero el médico ni siquiera levanta la mirada. Está tomando notas en un folio A4.

—¿Cuántas veces?

Lo miro y arrugo las cejas.

—Le estoy preguntando con cuánta frecuencia bebe —formula de nuevo la pregunta, de modo tranquilo.

—Cada día —digo.

—En una escala del 1 al 10, ¿cómo calificaría su estado de embriaguez diaria?

Reflexiono. La escala me parece sin duda demasiado alta. Bastaría con una escala del 1 al 5. Sin embargo, hago un esfuerzo y le respondo:

—Ocho o nueve. Ocho, si tropiezo por el camino a casa o yendo del cuarto de baño a la cama. Nueve, pues, cuando a la mañana siguiente ni me acuerdo del camino recorrido.

Ya sabe lo que quiero decir. De nuevo se me escapa una sonrisa. Tal vez piensa que estoy tomándole el pelo. Estoy segura de que no sabe qué significa un grado nueve de embriaguez. Vamos, dudo que alguna vez haya alcanzado el quinto grado.

—¿Cuánto tiempo lleva ya con ese estado que usted describe como agonía?

—Un estado agudo durante casi tres meses.

El doctor Mandragoli me lanza una mirada penetrante a través de los cristales de sus gafas. Por fin ha empezado a preocuparse.

—¿Y usted suele beber cada día hasta el grado ocho o nueve?

Asiento con la cabeza.

—Empezó un poco antes. Al reconocer los primeros síntomas. Al soñar con ellos. Primero siempre tengo sueños cuando algo va a ir mal.

No le respondo de forma inmediata a la pregunta sobre la embriaguez. Que piense que intento evadir la pregunta porque tengo un gran problema. Estoy justamente aquí por tener problemas que no tienen solución, problemas que han empezado a crecer por encima de mi cabeza y de mi vida.

—O sea, ¿empezó a beber antes? ¿Y todo el tiempo de una forma tan intensiva?

—Sí, con variaciones entre el séptimo y noveno grado. Probablemente también alguna vez hasta el décimo grado, pero eso ya es imposible de recordarlo. Es ya prácticamente un estado inconsciente.

Intento ver lo que está apuntando.

Estado agudo, 3 meses, alcohol, ¿de 7 a 10? A veces, Loram, Sanval. Describe agonía.

Por fin abre mi carpeta.

—¿Y de qué está muriéndose?

El hombre se ajusta las gafas sobre la nariz, y la pregunta adquiere un cariz muy profesional.

—Problemas de corazón.

—¿Los ha experimentado antes?

Suspiro.

—Sí. De hecho, durante toda mi vida.

—¿Un baipás? ¿Alguna vez ha tenido un infarto? ¿Operación? ¿Trasplante?

Niego con la cabeza, gesto que el médico no nota porque está inmerso en mi expediente.

—Doctor, tengo el corazón hecho pedazos —digo, y espero un momento. Cuando primero me mira a mí, luego al expediente, y luego otra vez a mí, digo— No quiero vivir más.

—Pero... —empieza a hablar el médico (y se le escapa una sonrisa inapropiada) —. Usted sabe que nosotros no ayudamos..., no ayudamos a la gente a cometer suicidio por razones del corazón. No por problemas de amor ni conmociones emocionales.

—¡Eso es exactamente con lo que no estoy de acuerdo! Tras un mar de denuncias presentadas he dado con mi propio consejero del suicidio asistido. Es decir, ¡he dado con usted!

De un golpe, el doctor Mandragoli cierra mi carpeta con mi nombre.

—¿Qué ha sucedido hace tres meses? Cuénteme. Tenemos que hablar de ello.

Asiento con la cabeza.

—Mi pareja me ha abandonado. Primero me dijo que se había enamorado un poco de otra persona. Pero, vamos, nada en serio. Unas amigas me aconsejaron que no la juzgara demasiado, ya que por lo menos había sido sincera conmigo. Quise tener fe en ella. No quería perderla.

Mi voz de nuevo se quiebra. Por un momento, el médico me da unos golpecitos en el brazo y me anima con la cabeza a seguir.

Sigo.

—Al principio parecía que solo se trataba de una breve ruptura en nuestra relación. Luego se jodió todo. Supe que había tenido sexo con esa mujer. Es lo que ella misma me confesó, tras mi breve chantaje. Dijo que necesitaba tiempo para ella (es decir, para tener sexo con ella). Yo quería que ese tiempo para ella lo invirtiera de otra forma. Bueno, se fue de casa, y luego me enteré que había empezado una relación con esa mujer. La mierda vino poco a poco. Sabe, doctor, una persona tal vez puede aguantar que su pareja se esté tirando a otra, pero no puede exactamente aplaudirlo. Un ser humano no soporta la traición total. No puede vivir con el hecho de que alguien le rompa sin más el corazón en apenas tres semanas.

El médico suelta un suspiro, como si quisiera contarme que sabe exactamente de qué estoy hablando. Aquí, cada uno de nosotros quiere aportar su granito de arena, pues no hay persona que no haya conocido el mal de amores en alguna de sus formas.

Pero no caigo en la trampa.

—Tal vez sabe que el dolor agudo de haber perdido a un ser querido pasa con el tiempo —me recuerda con simpatía, es decir, con condescendencia.

—Pues no, no lo sé, doctor. He leído sobre ello en novelas y manuales. También la gente me ha contado. Pero no es mi caso.

—¿No tiene experiencia con la superación del dolor por alguna pérdida en el pasado? ¿De alguna separación y conocer a otra persona después de un proceso de superación?

Niego con furia. Tengo ganas de levantarme y dar vueltas alrededor de su mesa, lo cual suelo hacer en casa, incluso si hay visita.

—Tengo una experiencia diferente. Mi vida entera es una sola experiencia de superación. Siempre aparece una especie de interrupción como una breve relación satisfactoria que, por el poco tiempo que dura, solo me provoca una ansiedad increíble por la, digamos, extracción. Así es como se dice, ¿verdad? Extracción. ¿O solo vale para la extracción de arena? Sabe, hace mucho vivía cerca de una draga de arena y sé un poco de ese tipo de cosas. Por eso creo que cada idiota, independientemente del sexo, la edad, la nacionalidad, la etnia o la clase social, debería saber siempre que las nuevas relaciones

son penosas ilusiones con las cuales solo intentamos encubrir la tristeza de la pérdida constante. Y por eso mismo, quiero morir, doctor.

Me parece que he conseguido que se enfade.

—Tranquilícese, por favor. Falta mucho para su muerte.

Esto no suena muy prometedor.

He tomado mis precauciones, no se preocupe. La burocracia en este campo es mortal.

—Pero, ¿usted qué cree, señora? No estamos hablando de una simple excursión al más allá. El camino es irreversible. Además, solo tratamos casos evidentes de enfermedades incurables.

Naturalmente esperaba tener contratiempos. Recuerdo que tengo que actuar con la justa mezcla entre coherencia y desapego.

—Escuche, doctor. ¿La enfermedad terminal solo afecta al cuerpo? Bien, ¿y la mente?

—Bueno, hemos tenido casos de Alzheimer, incluyendo ataques agudos y recurrentes de enfermedad mental.

—Obviamente no hace una separación entre cuerpo y alma, ¿espero? A mí me gustaría poder hacerla, pero no puedo.

El médico no dice nada. De nuevo vuelve a revisar mi expediente. Ahora tiene en las manos el diario en el que describo de modo detallado y sistemático cómo he sido engañada y traicionada. También he incluido declaraciones de amigos y conocidos ocasionales, a partir de los cuales he podido elaborar un informe detallado, dónde y cómo mi pareja me ha puesto los cuernos. Estas pruebas eran necesarias para presentar una solicitud formal de ayuda para poner fin a mi vida voluntariamente.

—Bueno, su caso también puede sentar precedente —dice el médico.

Contengo una sonrisa. Suena prometedor. Mi corazón empieza a latir con fuerza.

—Siempre he estado al pie del cañón —añado con modestia.

—¿Y qué dicen sus amigos y sus amigas de todo esto?

Me encojo de hombros.

—¡Vaya! Pues, que mi expareja es una traidora. Que no me merezco lo que me ha hecho.

—En el fondo quería preguntarle sobre lo que sus amigos piensan acerca de su intención de recurrir al instituto de suicidio asistido.

Esto ha sido un golpe bajo. Naturalmente, ninguno de mis amigos o seres más cercanos quiere que muera. No es exactamente un deseo muy cortés. Ni siquiera la cajera del supermercado a la vuelta de la esquina quiere que desaparezca de la faz de la tierra. A tres amigos de más confianza les he dicho que he solicitado un procedimiento legal de suicidio asistido. Se han vuelto locos. Que no tengo derecho de hacerme daño. Que mi ex se merece que yo siga con vida para luego vivir y torturarla con mi felicidad.

—Una amiga me dio un tirón de orejas y me dijo: «Te mato si piensas hacer eso». ¡Eso sí que es amistad de la buena!

—¿En el pasado ha pensado alguna vez en hacerse algo? Debo hacerle esta pregunta.

El médico es cauteloso, comprensivo. Claro, es psicoterapeuta, tal vez también sea psiquiatra.

—No, ¡nunca! —digo con enfado—. Nunca he pensado que por esta razón acudiría al suicidio. Pero es que todos ustedes, con un sinfín de procedimientos e interrogatorios, ¡están obligándome a hacerlo!

El médico asiente con la cabeza de modo humilde. Como si estuviera un poco arrepentido. Pero, ¿arrepentido de qué?

—Le he dicho, señora, que es un caso nuevo para nosotros. Si alguien lo hubiese hecho antes de usted, tal vez sería todo más fácil. Así, pues, no sabemos cómo vamos a proceder. No sabemos si es posible encontrar una base legal para cumplir con sus..., digamos, demandas. Se trata de un síntoma muy específico del corazón roto que en verdad no pertenece a nuestro campo. Sabe muy bien a qué me refiero cuando le digo que las cuestiones íntimas no pertenecen a nuestro campo de trastornos mentales. Al mismo tiempo, es un síntoma típico de transitoriedad típica. Por eso, su decisión voluntaria es cuestionable.

—Doctor, ¡no juegue conmigo!

Me levanto y empiezo a andar. A él le gusta todo esto, creo. Tal vez así me doy cuenta, de forma ingenua, de algún signo de voluntad de seguir con la vida.

Pero, sin duda, ¡nadie se da cuenta de mi terrible voluntad de morir! Mis ansias de acabar con este sufrimiento emocional, y la constante fractura, cada hora de cada día de cada semana de cada mes y de cada año de toda mi vida.

—Usted está insultándome porque no acepta mi decisión —digo, dando vueltas detrás de su espalda. Voy alrededor de la mesa como un animal atrapado. Bueno, es lo que soy. Y por tanto que se vea.

—Hay algo que tengo que mencionar —el médico se aclara la garganta—. ¿Qué opina su expareja de todo esto?

—¡No puedo creerlo! —me paro y señalo la pared con la cabeza—. ¿A una mentirosa y una traidora le preguntaría qué piensa sobre el hecho de que *yo* quiera morir? ¿De qué va usted? ¿Va a ayudarme a mí o a ella? Claro que a ella le gustaría que yo viviese para tragarme todas las malas decisiones que ha tomado contra mí. Ella no se merece ni siquiera saber cuánto estoy sufriendo. No vale la pena.

—¿Está segura de que esa es su intención?

—Lo sé, y aquí yo dejo de hablar de ella.

—Entonces, ¿no va a confesarme ni siquiera su nombre? Tal vez sería una ayuda en caso de reconciliarse con ella. Si ambas vinieran a mi consulta y empezaran a hablar conmigo.

—¿Una ayuda? ¿Ayuda para qué? ¿Para que yo cambie de opinión o para que por fin usted cambie de opinión?

El médico se encoge de hombros. En su lugar tampoco me parecería muy prudente responder a esa pregunta.

—¡En ningún caso! Por favor, ¡vamos a dejar este tema tan absurdo, doctor!

—Ya no le haré más preguntas. Sin embargo, deberá responderme a una pequeña encuesta.

Suspiro.

—¿Al final habrá una comisión que va a decidir? Un concilio de la muerte elegido a dedo, ¿o qué? Tal vez pueda decidir hoy mismo por la tarde, ¿no? Según el reglamento, los casos más urgentes se resuelven de forma inmediata. Yo soy un caso urgente.

—No puedo decir nada —el médico se frota las manos—. La encuesta solo es un intento para establecer un contacto convincente con usted y con su enfermedad, bueno, digamos, dolor. ¡No crea que aquí la gente se muere rápidamente! Muchos mueren antes de poder vivir. Casos como el suyo son muy arriesgados. A la vuelta de la esquina están los que están a favor de la vida, todo tipo de personas defensoras de la vida y la muerte natural. Nos escriben correos electrónicos, cartas normales, nos envían paquetes con heces, vierten pintura roja en el suelo de nuestras plazas de aparcamiento, estampan pintadas diciendo que somos asesinos y especuladores de la guerra... Puede imaginarse el polvo que levantaría si su caso se resolviera de modo satisfactorio.

—De verdad, terrible, doctor. Impensable. De todas formas, la circunstancia atenuante para usted es que soy lesbiana. Al menos, los ultraderechistas acérrimos y otros homófobos siempre se ponen muy contentos cuando se rompe una relación lesbiana con la muerte de una de las parejas. No hay más que ver algunos ejemplos clásicos del cine lésbico, *La calumnia*, de 1961, por ejemplo, donde una lesbiana, enamorada perdidamente, se ahorca, y, por cierto, si lo pienso bien, es también la mejor interpretación de Shirley MacLaine. O, la película *La zorra*, de 1967, donde una heroína lesbiana muere aplastada por un árbol talado, y su pareja se larga con un tío. Idénticas narrativas de condena: final infeliz, heroína lesbiana muere o se vuelve loca por causa del estigma social.

—¿A usted no le parece que justamente por eso habría que insistir en seguir con la vida? Confirmar justamente así una narrativa de confirmación, según la cual la heroína vence los obstáculos sociales y sale al mundo como lesbiana autodeclarada.

¡Este médico es una lumbrera!

—La heroína infeliz que acabo de mencionar no tenía opción. Naturalmente yo no vivo bajo tal presión social. La muerte es mi propia elección. Es una elección lesbiana autónoma, si así lo prefiere. Pero eso lo sabemos usted y yo. Los homófobos y los extremistas, ¡no!

Los dos nos echamos a reír. Quizá no deberíamos reírnos tanto. ¡Qué más da! Como si el camino a la muerte solo fuera mediante tristeza en la cara y lágrimas en los ojos.

— Traducción de
Santiago Martín

————— **Eudris Planche Savón** (Guantánamo, Cuba, 1985. Reside en Madrid). Escritor y médico. Considerado por la revista británica *Granta*, y *Granta en Español*, como uno de los 25 Mejores Narradores Jóvenes en Español. Su obra literaria incluye novela, cuento, poesía, ensayo y literatura juvenil. De 2014 a 2020 se desempeñó como Coordinador del Encuentro de Jóvenes Escritores de Iberoamérica y el Caribe dentro del marco de la Feria Internacional del Libro de La Habana. De 2020 a 2021 se desempeñó como Subdirector del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso (Escuela de Escritores de Cuba). Su primera novela *Hermanas de intercambio* (Editorial Gente Nueva, Cuba, 2016; Editorial Milena Caserola, Argentina, 2019), tuvo una gran recepción crítica. Publicó además *Cero cuentos* (Ediciones del Genal, España, 2020).

Varones + varones

Uno

No le gustó verme peinando a la muñeca de mi hermana. Abrió la puerta del cuarto y me sorprendió haciéndole moñitos a Matilda. Puso una cara de esas que dan miedo y enseguida me vi llorando.

A Mamá le formó tremendo escandalo:

—... ve a ver lo que haces.

Fue lo último que gritó antes de encerrarse en el cuarto a continuar discutiendo con ella. Todo por mi culpa. Nunca debí haber peinado a Matilda. ¡Total! Si mi hermana siempre la despeina.

Estoy en mi cuarto sin poder salir. De la escuela a la casa, como dijo Papá. Llegué de la escuela y apenas me miró. Cuando Mamá fue a recogerme, tenía puestas unas gafas grandes y oscuras. Seguro para no mirarme o le habrá dado por lucir igual que la seño joven.

Tengo que hacer la tarea de Matemática. Pero no me atrevo a salir del cuarto y pedirle ayuda a Mamá. Seguro está castigada también.

«El área de un rectángulo es de 962 cm², un lado mide 37 cm. ¿Cuánto mide el otro lado?». Si le pregunto a Papá, seguro dice:

—No te dije que CERO salidera del cuarto. CERO muñequitos. CERO salir a jugar. CERO andar con muñecas —para él todo da cero.

Tremendo lío me he buscado por querer ver a Matilda tan bella como Diana, no fuera de moda como la tiene mi hermana.

Tendré que mentir cuando la seño me pregunte por qué no hice la tarea. Si digo la verdad se reirán de mí los muchachos del aula. Seguro alguien me dice blandito. Y eso sí que no. Le meto tremendo piñazo. Según Papá, los hombres deben hacerse respetar por las buenas o por las malas.

DOS

Al otro día tuve suerte y no revisaron la tarea. En el receso nos fuimos algunos varones y dos hembras, para el sótano a conversar. Esta vez fue de cigarros. Patricio se la daba de fumador para llamar la atención.

—Yo también he fumado —dije yo para que Diana y Patricio me miraran. Pero era mentira.

Al llegar a casa, esperé que Mamá saliera a comprar mandados y le cogí dos cigarros de la caja que esconde debajo del colchón. Es que Papá fuma también y si los deja afuera no le duran. Me encerré en el baño y probé. Por poco me ahogo. No sé qué le encuentran Patricio, Mamá y Papá. No sabe rico. Sólo te deja un sabor amargo en la boca y hace toser como si uno tuviese catarro. Tendré que aprender, así le intereso más a Diana y a Patricio.

Quedamos en llevar cigarros para fumar a escondidas a la hora del receso. También compraremos caramelos para quitarnos la peste de la boca. Eso lo vi en una película, en que un hombre prometió a su mujer no fumar más y para que ella no lo descubriera, masticaba unos caramelos.

—Javier qué haces con ese cigarro.

¡Ay, mi madre!, ahora sí que me atraparon.

—Ay... ay... papi no me metas más.

Le cojo un odio a Papá cuando me mete. Me da una rabia tremenda y en ese momento deseo que le pasen cosas malas. Pero después me da miedo que pudiera pasar lo que deseé. Me sentiría muy mal.

A las niñas del aula les encanta Patricio, es que habla con tremenda rutina:

—*What's up man?* ¡Está buena esa niña cantidad!

TRES

Besar a Diana sería tremendo, digo, si ella me dejara darle un beso en la boca. Papá diría:

—Estás hecho un cabrón.

Y Mamá le dirá:

—Y después dices que no se parece a ti.

Todo esto da felicidad para ellos.

CUATRO

Sonó el timbre y nos fuimos al sótano. Le dije que me gustaba mucho. Después le di un beso sin dejarla hablar. Tuve suerte y le gustó. Según ella, su mamá siempre le dice que las mujeres tienen que hacerse las fuertes cuando las enamoran y aparentar que no están interesadas. Pero ella no pudo hacerlo porque yo le gusto mucho. Ahora somos novios. Todo el mundo habla de nosotros. También me fajé con uno ahí. Lo cogí tirándole piedras y besos a Diana. Ni que fuera baracoense.

Ha sido tremendo ser novio de Diana. Cuando se supo en casa me quitaron el castigo.

—Eres un cabrón —dijo Papá.

Pero como él mismo dice: *lo bueno siempre se acaba*. Ella se va hoy de la escuela porque se va a mudar con su mamá para un barrio lejos de aquí. No me pudo dar ni un beso de despedida. Sólo me dio la noticia llorando y se fue.

CINCO

Al fin el timbre del receso, voy a bajar al sótano.

Cada día se suma alguien nuevo al grupo. Hasta hay más hembras; antes eran dos, ahora son cuatro. Y todo por la fama que me gané debido a ser novio de Diana. Las hembras se me pegan como guasasas en tiempo de mango. Y como Diana no está, más todavía. Pero a mí no me gustan las otras hembras de mi aula, no son tan bonitas como ella. Tal parece que mi hermana es quien las viste y las peina así tan feas; igual que a Matilda.

Hoy Patricio se apareció con un pedacito de tabaco. Nos dio a probar, pero no quisimos. Todo iba bien hasta que se desmayó.

—¡Ay mamacita, busquen agua para echarle! —decían las muchachas.

—Caballero, hay que darle un boca a boca —dijo Claudia, pero nadie hizo caso.

—¡Ahí viene la seño! —alerté y todos se mandaron a correr.

Pendejos que son.

—Patricio... Patricio... despierta. No me voy a ir de aquí.

José Luis Serrano (Ciudad Real, 1967). Matemático y escritor. Vive en Madrid desde 1985. Es autor de las novelas *Hermano* (2011), *Sebastián en la laguna* (2014), *Lo peor de todo es la luz* (2015) y *La vida a medias de Andros* (2021) y del libro de poemas *Offshore y otros poemas* (2020), todas publicadas en la editorial Egales.

Ha colaborado además en los libros de relatos colectivos *Lo que no se dice* (2014) y *El cielo en movimiento* (2015). Además, ha sido columnista habitual en medios como *dosmanzanas.com*, el *Huffington Post* o *Pikara Magazine*. En 2015 cedió los derechos para la adaptación al cine de su novela *Sebastián en la laguna*. En 2016 su cuento *Era el amor y se llamaba Antonio* fue uno de los seleccionados por la Revista Eñe dentro de su premio Cosecha Eñe para ser publicado en el número 47 de la revista, *Palabras que explotan*.

Su novela *Lo peor de todo es la luz* ha sido traducida al inglés y en 2023 se publicó en Gran Bretaña (Seagull Books).

Pita en la ciudad de los reyes

Pienso ahora en Pita y veo sus piernas rubias, su piel tan blanca, esas mejillas siempre coloradas por los calores de agosto. Pita comiendo helado de fresa. Pita dando saltos alrededor de la fuente de cerámica talaverana. Pita tosiendo y sudando y riendo. Pita resollando a la sombra, en el paseo de los álamos blancos, después de echar una carrera hasta la Cruz de los Casados, donde ya empezaban a colocar las barracas para la feria y algún circo pequeño, con animalillos cansados y payasos tristes, como siempre son los payasos.

No se llamaba Pita, se llamaba Peter. Pero entonces le habríamos llamado Peter, así, como suena. Y su nombre en inglés sonaba más parecido a Pita, al menos con su acento londinense, así que nos dijeron que se llamaba Pita, y con Pita se quedó. Sonaba más español que Peter, aunque un poco femenino. Pero vamos, mi padre tenía un amigo que se llamaba Natividad, otro que se llamaba Dulce y un tercero que se llamaba Trinidad. Y no pasaba nada.

Suelo tener problemas para situar las cosas en el tiempo, especialmente cuando escribo, porque todo lo mezclo y todo lo confundo, pero en la historia que hoy cuento la cronología está clara: Pita vino pocos días antes de la boda de Lady Di, que fue el 29 de julio del 81 (lo he buscado en internet), y se volvió a Londres, donde vivía, poco después. Eso quiere decir que yo acababa de cumplir catorce años. No sé por qué pensé que yo era más pequeño cuando lo de Pita. Catorce años son bastantes, al menos lo eran en los 80. En mi clase de octavo de EGB una chica ya se había quedado embarazada y había

sido madre. Yo, sin embargo, no había tenido la más mínima experiencia sexual (salvo conmigo mismo, las competiciones de atletismo o natación e incluso esquí en la segunda cadena y las fotos de la Superpop). Pero llegó Pita y era rubio y rojo e inglés y no nos entendíamos, pero nos mirábamos y el parque era entonces más verde, el verano más verano y los helados de fresa eran más arrebatadoramente de fresa.

Veía su cara sonrosada, su mirada tímida, caminando hacia mí por el parque igual que Lady Di caminaba por la abadía hacia Charles, mirando hacia ambos lados con esa caidita de ojos tan británica que cautivaba al mundo entero, con su carita iluminada por las vidrieras de colores (o las sombras verdinegras de los álamos del paseo). Subía con él a las casas que estaban abandonadas, medio en ruinas (había muchas en Ciudad Real, por el centro, en esa época) y paseábamos por habitaciones polvorientas, arrancábamos el papel pintado de las paredes, abríamos cajones esperando encontrar algún tesoro olvidado, pensando en qué haríamos si esa fuera nuestra casa. Jugando a las casitas. Él me servía té. Yo le quitaba los zapatos.

El padre de Pita era un señor, lo que se dice un señor, también inglés, como su hijo, y yo imaginaba que Pita sería de mayor como él. Lo mismo que yo sería como mi padre. Calvos, gordos, ya nadie sabría si éramos rubios o morenos porque los largos años de convivencia habrían hecho que Pita y yo nos pareciéramos tanto como dos hermanos, sentados al sol de noviembre en Torremolinos, en una terraza junto al mar, bebiendo Martinis, en el futuro. Pero volvamos a 1981. A Ciudad Real, esa ciudad que era mítica para Pita cuando sus padres le hablaban de ella en la húmeda y sombría Inglaterra, en los inviernos. Decía ese nombre y su habitación con moqueta desgastada en el segundo piso de un adosado en Clapham o Tooting se iluminaba. La ciudad de los reyes, pensaba él en su inocencia, todo lleno de jardines y gente de la alta sociedad, duques y condesas y palacios al estilo de Versalles. La ciudad real. Pero era verano, La Mancha, los ochenta. Sol todo el tiempo y ese calor terrible que hace que a veces uno piense que no está en la Tierra sino en algún planeta más cercano a la estrella, tan grande se ve, tan omnipresente. Parece que todo se paraliza y que no transcurre el tiempo, con ese color naranja y amarillo que todo lo invade.

El padre de Pita nos llevaba al quiosco de helados del parque y yo pedía por ellos, porque el quiosquero no les entendía nada, un Colajet (para mí), un Frigodedo (para Pita), un Drácula (para el padre). Otras veces, ellos preferían un helado de fresa de cucurucho, de esos que hacía el heladero mismo vaya usted a saber cómo. Siempre pagaba el padre, aunque yo tenía dinero que me habían dado los míos (¡qué vergüenza, no dejes que pague todo él!). A veces nos tocaba algún premio en el palito de madera del polo: otro polo. El padre se reía cuando eso pasaba, no daba crédito. Nos íbamos a un banco a comer el helado: yo miraba a Pita, Pita a su padre, su padre a mí. Pita rechupeteaba la fresa que se le escurría por el brazo. Habría matado por meter la lengua en esos churretes de fresa y sus pelillos rubios.

Ya lo he dicho: Pita y yo no nos entendíamos: si yo decía algo en inglés él pensaba que yo hablaba castellano, y al revés. Recuerdo ahora el consejo de un compañero de trabajo la primera vez que viajé a Londres: no hables como hablas tú, no hables como te han enseñado en la academia: habla como hablan ellos (por eso lo de Pita en vez de Peter). No intentes pronunciar Oxford Circus, es mejor que digas “ojos secos”, te entenderán a la primera. No busques el meridiano de Greenwich, busca el de Grenich. No busques Beauchamp Place. Busca Bicham pleis.

Durante la boda de Lady Di (siempre fue la boda de Lady Di aunque fuera también la de Charles, además, ellos decían Dai, Leidi Dai), escuché al cura decir “together” y yo no sabía qué significaba, al menos no como lo decía aquel señor de la túnica. Nos habíamos quedado en casa esa mañana para ver la boda por la televisión, con todas las persianas cerradas por el calor, en penumbra. Se lo pregunté:

—Pita, ¿*together*?

—¿Tú bebes?

Eso me dijo. Desde entonces mi relación con el idioma inglés no ha sido especialmente agradable. Realmente yo sí sabía lo que significaba, pero quería que él me lo dijera. *Together. You and me.* Como en alguna de esas estúpidas canciones de *Wham!* que empezaban a sonar por la radio. *Together* Pita y *me* casados en la abadía de Westminster. Pero luego, en la cama, insomne, pensaba en que Pita y yo no podríamos casarnos nunca porque éramos dos chicos. Y los chicos no se casaban. Es decir, se casaban, pero no entre sí. *Between them.*

La madre de Pita era española, pero como si no lo fuera: hablaba con su marido y sus hijos en inglés, y su castellano era raro y a veces no le salían las palabras. Decía que en Londres todo era *expensivo*, mucho más *expensivo* que en España. Siempre vestía de negro y regañaba mucho a su marido, que la ignoraba. Se había ido de España muy joven y mis padres me dijeron que no preguntara sobre eso, que la política era algo de lo que no se podía hablar, era de mal gusto. Pero yo sabía que había habido una guerra, la peor de las guerras, en la que se matan entre sí amigos, hermanos y vecinos. *Between them.* Matarse sí, casarse no.

Así que así pasaron esos días de verano, entre helados de fresa y brillantes revistas con las fotos de la boda real, Pita cada vez más sonrosado y yo cada vez más caliente. Una tarde, en la piscina, jugando, noté que Pita estaba empalmado y me lo volví a imaginar en la cama, en una de esas casas medio en ruinas, en la noche de bodas, tras el agotador día en carrozas, abadías, convites multitudinarios, saludos al populacho en el balcón e interminables misas anglicanas quitándose al fin los calzoncillos (unos *boxers* blancos de seda, impolutos), a mi lado, sonriente y sonrosado, bajando la mirada, tan tímido como Lady Di, pero cachondo como estaba ahora en la piscina, con tanto juego y tanto roce. Después, tumbados juntos en las toallas, mirando al sol con los ojos cerrados, le cogí de la mano, pero no supimos decirnos nada. Solo nos cogimos de la mano y estuvimos así

diez o quince minutos, con las manos y otras cosas muy calientes. Fue casi una despedida. Y no sé si nos entendimos.

Se fueron a los pocos días y allí quedó la ciudad abrasada y solitaria, mucho más triste desde que él no estaba, y yo me iba al parque a tomar helados de fresa que no me gustaban, pero me recordaban sus mejillas y sus piernas. Y esos labios exquisitos que no pude olvidar en décadas. Recorrí las casas abandonadas que había explorado con él, acaricié las sábanas donde había dormido que aún conservaban su olor a colonia. Es colonia de la buena, decía mamá.

Muchos años después, quince concretamente, Lady Di y Charles se estaban divorciando en un triste juzgado y Pita me la estaba chupando en los baños de un sitio que se llamaba Substation, con esos labios de juguete que yo no había olvidado, decorados ahora con un bigotillo rubio algo ridículo, no demasiado lejos de donde estaba la ex pareja real (pero eso me lo estoy inventando, no sé dónde estaban los juzgados), en el centro de Londres. Yo había ido a estudiar inglés ese verano y, como habíamos seguido más o menos en contacto, decidí escribirle. Quedamos a tomar una pinta en un pub del SoHo. Pita estaba brillante y sonrosado, tal y como yo lo recordaba, y nos emborrachamos recordando aquel verano, y a su padre, ya fallecido. Pita era ahora piloto militar y algunas veces (me dijo) había sobrevolado La Mancha y había pensado en mí, en lo que hicimos y, sobre todo, en lo que no hicimos. Le dije, tímidamente y con algunos menos problemas idiomáticos que en el 81, que aún estábamos a tiempo de solucionarlo y me dio un beso largo lleno de cerveza. Me dijo que recordaba aquel día en la piscina, que no había podido olvidarlo y que quizá Lady Di, que estaba ahora triste y ojerosa, se merecía (ella o la Historia con mayúsculas) que de alguna manera compensáramos ese desbalance y nos fuéramos al Substation, que yo ya conocía, y nos metiéramos en el baño y así hicimos. Pero Pita no llevaba esos *boxers* blancos con los que yo soñaba sino un suspensorio negro que me dio un poco de repelús. Nos despedimos en la puerta, ya cerca de las tres de la mañana.

No lo he vuelto a ver. Falleció muy poco después que Lady Di, por unas complicaciones causadas por el virus del VIH, con el que convivía desde finales de los ochenta. Sí que corrió después, con lo tímido que era. Su madre, más de negro aún que antes, viuda y ya sin hijo, volvió al pueblo, donde todo era menos *expensivo*.

Sin Pita nos quedamos, que era sonrosado, encantador e inglés y con el que no me pude casar en Westminster, pese a que habría sido una boda preciosa, seguro, él tan rubio, yo tan negro. Y habríamos puesto helado de fresa de postre, como en las buenas bodas.

Almudena López Molina es escritora y guionista. Además de participar en diversas antologías de poesía y teatro, ha publicado el poemario *En buena hora* (Eduel, 2017) y la novela *Satélites* (Ed. Arola, 2018). Para 2024 está prevista la publicación de su segundo poemario, *La estrecha herida* (Ed. Versátiles), y su segunda novela *Cómo encender un fuego* (Ed. El rey de Harlem), que resultó finalista del Premio Nadal de novela 2022.

Tacones

Tú, acércate.
Tú, que nunca has subido una escalera
con zapatos de tacón
y tobillos temblorosos,
ponte ahí, en el peldaño más bajo.
Y, ahora, trata de mirarme
desde arriba.
Como antes.
Como siempre.

Cuerpo de mujer

Cueva negra
hendida por un haz
de luz
del verbo engendrar.
Seca
hasta las ásperas
peñas
que afilan el frío dentro.
Rocas doloridas por un tiempo
estrecho, una rendija
de primavera ausente,
que acaricia las esquinas

de muerte y polvo, lecho
de telarañas.
Así leen ellos el útero
que no desea crear
una vida más
para el mundo hambriento
de cuerpos desmembrados,
máquinas, billetes
restregados en el asfalto
y herederos sin casa,
sueños desheredados,
adoptados huérfanos
de sangre y tiempo,
presente sin precio
en la cara externa de la tierra.

Sostiene en sus manos un gorrión alirroto,
su propio dinero para un viaje largo y ajeno,
un mazo, una compresa y una copa de vodka.
Wisława Szymborska

Ni unas manos hacendosas,

aunque mis dedos sirvan
para hacer y deshacer los nudos
y mis palmas vacías se abran
y se entreguen como flores
en primavera sin cortar,
aquellas que atienden al calor
vivificante, tras las heladas
que siempre vuelven,
sin conciencia de su propia belleza,
con el único anhelo de amar.
Ni una sonrisa dulce,
que no llevo azúcar en las pestañas,
solo ideas en los ojos
y palabras en las alas de los labios,
irreverentes a veces,

escurridizas, capaces
de salir volando sin control,
que no hay motivos para estar callada.
Ni un pecho blando para el descanso ajeno,
que solo yo en mi cuerpo
encontraré reposo,
si de una vez el cielo
se abre por la mitad
y se para el reloj
y el motor enmudece
y logro ver entre nubes el cuerpo
de aquella mujer vestida de sol
con la luna bajo los pies,
porque entonces habré
despedido la lucha
y al fin portaré
doce estrellas sobre la cabeza.
Ni una casa que sea reino ni establo,
que no sé gobernar más que mi cuerpo,
ni obedecer como ganado.
Ni los desvelos para resolver
problemas de matemáticas,
sabiendo que la equis y la y
despejadas
solucionan nunca nada.
Ni la torpeza para leer mapas,
que soy yo quien los dibuja,
quien conduce a lugares imprecisos
más allá de las autopistas
y los peajes que todos creen
que deben pagar.
Ni el instinto inventado
de acunar muñecas.
Ni el gusto ocasional de vestir falda.
Ni el deseo de tu sexo.
Nada, nada de eso
me hace mujer.

————— **Elena Beatriz Flores Gómez** (Madrid, 1991),
más conocida como Elena Flores, es poeta, editora y activista LGTB. Debutó en el mundo
de la poesía entre 2006 y 2009, cuando ganó algunos premios del Certamen Joven de
Valdemoro o el premio joven de poesía Leocadio Blanco. Sus cuatro poemarios son *Cábala:
amor* (La Calle, 2016), *Redes* (La Calle, 2018), *Tránsito* (Flores Raras, 2019) y *Patria de lobos*
(Bohemia ediciones, 2023). En todos ellos trata temas sociales desde diferentes puntos de
vista. El primero enlaza la homosexualidad y la feminidad a través de la mitología bíblica
con el fin de unificar el amor como un sentimiento humano igualitario. En el segundo
habla sobre la realidad millennial en relación con la tecnología y los diferentes cambios
sociales; mientras que *Tránsito* se propone como un canto activista por los derechos
del colectivo LGTB en general y del colectivo trans en particular. Finalmente, este año
2023, ha publicado su cuarto poemario donde hace una revisión de la dicotomía entre
el pensamiento patriarcal y la respuesta feminista, tocando temas como el capitalismo,
la salud mental o la migración, entre otros. Además de esto, ha publicado también un
cuento infantil titulado *María, pies de zanahoria*.

Sociedad de nombres

Me adentro en el bosque de ese monte oscuro,
Un bosque de luces rápidas que van y vienen.
He quedado suspendida, en la luz y en nada,
y no sé moverme más, no sé andar.
Lento.
Las sombras de los árboles me tocan,
me dicen que soy allí el ente extraño:
Quiero ser árbol y eco, yo y naturaleza.
Me adentro en el macrocosmos de lo imposible.

Subo y me digo— me he vuelto loca—
me niego lo que soy cuando lo soy
porque no recuerdo que ayer,
al pasar al parque,
en el columpio,
cambié de universo.
Me digo —me he vuelto, volqué el tiempo—

me arrodillo ante la etiqueta del traje
que dicen que me ponen los sastres de siempre.
Ya tengo la marca de una sociedad de nombres.

Cierro los ojos, me metamorfoseo.
Subo a la colina, el pajareo alegre me canta.
La música clara interpreta el viento *ululante*.
La voz se hace ego en el silencio.

Soy una máscara con nuevos trajes,
soy mi amor propio con careta:
Un carnaval que está en el monte Sacro-lujurio
Me espera allí, en su lugar eterno.

Poesía guiando al pueblo

Tras mis palabras van las voces
de aquellos que vivieron en huida,
de aquellos refugiados del amor
que durante siglos fueron perseguidos.

Tras mis pasos van las huellas
de aquellos que una vez gritaron juntos
que la vida es un proceso liberado
y que el amor,
tanto o más que la muerte,
es un poder que a todos nos iguala.

Por eso, cuando por julio en Madrid camino
ondeando sin miedo su bandera
y gritando a los cuatro vientos que la amo,
baño las calles con colores vivos
que representan el orgullo tras las lluvias
y viviendo abiertamente la diversidad,
me transformo en arte activo
y rememoro la revolución del pueblo
que luchó siempre por la libertad.

Patología

Aún me quema en los oídos
el tañido de aquella vieja tarde
donde el juez de mi caso
firmó mi sentencia eterna.

El hastío de voces redundantes,
mi cabeza guillotizada en sus mentes,
mi caída al precipicio de sus normas.

La etiqueta.
¡Que no falte mi etiqueta!

Sentimiento de código de barras,
mi donación a la ciencia
es saberme diferente.
Ahora me conservo en formol
como aquellos que dan sus huesos
o sus órganos
para que otros vivan más felices.

Soy la divergencia de esta especie.

Mis huesos,
el metal de mi cárcel,
mordisqueados por la intolerancia,
por el tabú,
por la medicina
se conservan tras la máscara.

Mi mente y mi corazón se rebelan
y reivindican su naturaleza.
La incomprensión de los psiquiatras
es la policía que sosiega mi revuelta.

Gloria Fortún (Madrid, 1977) es poeta, escritora y traductora literaria feminista. Es autora del poemario *Todas mis palabras son azores salvajes* (2021) y de la novela poética *Roja catedral* (2022), libros en los que el deseo lésbico es protagonista, en un contexto protagonizado por cuerpos disidentes y anhelos de revolución. Como traductora, ha traducido al español obras como *Sister Outsider*, de Audre Lorde o *How To Suppress Women's Writing*, de Joanna Russ. Es creadora y profesora de las Escritoras Peligrosas, una comunidad de mujeres comprometidas con su escritura que ya lleva siete años de andadura. Más información en gloriafortun.net

Roja catedral, Gloria Fortún (editorialDosBigotes,2022)

Hoy no me apetece ser tan grande,
que suenen tan ridículos mis deseos pequeñitos
porque soy grande.
Otros días me importa menos
pero hoy no me apetece ser tan grande.
Si quisiera conquistar un país,
o a una persona,
pues perfecto este cuerpo de valquiria,
pero solo sueño con que hayas pensado en mí un
poquito un poquito diminuto y que me digas
siendo tú por una vez la grande
que me digas
hoy he pensado en ti,
he pensado en ti,
pequeña.

La loba

Un cuento de Cielo «Lengua de Plata» contado alrededor del fuego

No pienso llamarte así, me dijo la loba que conocí en el bosque aquel verano, voy a usar este otro nombre. Porque el tuyo es de cría y tú eres una mujer. ¡Mira qué manos llenas

de tinta, ni que fueras una colegiala! Yo tenía una familia, niños que acostábamos en una sola cama como filetes cocinados en una sartén, plantas y cosas rotas, pero en un rincón, mi mesa, la baraja de cuadernos apilados alternando espiral y canto, mi impoluto naufragio de cuatro patas, ni una sola pieza de lego sobre la madera, yo tenía una familia con leñadora, olía a tomate con orégano y a este año te haré un atril. Escribirás desnuda en esta cueva soleada, me dijo la loba, qué incómodo escribir desnuda, reí, las tetas, yo qué sé. Escribirás desnuda, mi amor, en esta cueva soleada, tuya, cuando quieras que te folle me invocarás, cazaré conejos para ti, me leerás tus relatos y me sobraré el mundo, tú eres un país, mírate, joder, un continente. Apenas con su hocico, apenas con su hocico creaba un río.

Viviremos de una forma que hará incomprensibles las vidas de los otros, es que no lo entiendes, sostén tus pequeñas verdades y olvida tus grandes sueños, sé una mujer, no te asustes de mi vehemencia, ven conmigo a una tierra donde no existen las madres, escíbeme cartas, cuentos, Poemas, escíbeme todo a mí, estoy desnutrida, en los huesos, dame tus montañas carnosas, tengo frío, déjame calentar las patas en la abundancia de tu coño, regálame tus palabras. Mi leñadora lloraba en un idioma que yo ya no entendía y mis filetes me escalaban para que no me marchase otra noche. El amor nos redime, me dijo la loba lamiéndome, todos los orgasmos en fila india, saliendo uno detrás de otro, obedientes, suyos. ¡Cuánta vida has vivido sin mí! En ese saliente puedes poner tus cuadernos, en esa cazuela puedes echar tu corazón. Recuéstate en mi pelaje. Así, mi vida.

Salimos a recoger moras, churretes ignorantes en las bocas de los niños, empezó a llover y nos reímos. A través de mi capucha roja miré la silueta de mi leñadora, deformada por esconder hijos bajo el chubasquero, miré su silueta como quien contempla el sol pasándole la vez a la noche. Merendamos pan con mermelada, abandonar la cabaña para siempre fue una dulzura que agujereó la pena. Gracias por tu precioso amor, se despidió. Gracias por tu precioso amor, me despedí. Te encontré, me dijo la loba, siguiendo tu olor húmedo por todo el bosque he dado contigo, acércame tus pezones, tengo tanta sed, ¿me sientes dentro? Viviré aquí, en tus entrañas de mujer, duérmeme, sí, mientras yo me chupo las patas. El sonido de su lengua desencadenó una vez más el latido que abre mis piernas.

Mujer, yo te explicaré lo que es el amor, me dijo la loba un día cuando volví de acompañar a mis hijos a su primer día de escuela tú no tienes ni idea. Había notado su presencia en el camino de regreso a la cueva, siempre podía distinguir sus silencios entre todos los silencios. ¡Loba, mi amor!, la llamé. Yo te explicaré lo que es el amor, tú no tienes ni idea. Solo sabes amar en tus cuadernos, en las historias que escribes. En la ficción. Me tratas como a un personaje. Entonces qué, cuando tú mueras y dejes de escribirme, ¿moriré yo también? Sentí que todo mi cuerpo se secaba, como si de una bocanada me hubiera tragado todo el otoño que había a mi alrededor. La tierra crujía bajo mis pies y ya no quedaba nada hermoso en el bosque. La loba suavizó su tono. Vamos, monta sobre mi lomo, mi vida, yo te llevaré. Mejor así, mejor sin derecho al suelo, con mi cuerpo de cartón recostado sobre ella. Me depositó en la cueva y pasó un tiempo muy largo lamiéndome entre los dedos con mucho amor, hasta que tuve las

manos más limpias del mundo. El mundo, el mundo, qué manía, contigo me sobra el mundo, me dijo la la loba.

Llega el invierno, anunció la loba. He estado preparando una madriguera para nosotras, la he llenado de comida y de pieles con las que abrigarnos. ¿Ves? El amor. Está lejos, sube, te llevaré. El amor. Miré mis cuadernos sobre el saliente, las espirales enredadas unas con otras, miré mi corazón polvoriento arrojado en la cazuela, pero solo quise llevar conmigo el abrigo rojo. Transcurrieron los días mientras comíamos carne seca y dormitábamos. Sobre todo ella. Yo me dedicaba, desvelada, a alzar mis manos inmaculadas delante de mí y escribir en el aire. Escribí tanto que mi piel volvió a ser cremosa, palpité de nuevo entre las piernas y fui capaz de ponerme en pie. Me calcé las botas y me protegí del frío con mi abrigo rojo. La loba se revolvió y abrió sus grandes ojos. ¿A dónde vas, mi vida? Adiós, loba, respondí. Está nevando, dijo ella, y nadie te ama allí fuera. Adiós, loba, repetí. Aparté las ramas de la madriguera mientras ella me llamaba. ¡Ese no es mi nombre, joder!, grité mientras mis piernas se hundían hasta las rodillas en el suelo blanco. Me puse la capucha y me reí. Mi risa sonó como una máquina que se pone en funcionamiento por primera vez en décadas.

Mi viaje fue largo, cómo no me había dado cuenta a la ida de lo mucho que me había alejado. Cuando llegué a la cueva donde estaban mis cuadernos y mi corazón, ya era prima-vera. Hice el amor conmigo misma bajo un árbol antes de ir a buscar a mis hijos. Salimos a recoger fresas y merendamos pan con mermelada. ¿Y ahora qué vas a hacer?, quiso saber mi leñadora mientras tomaba mis manos y esbozaba una mueca al no ver tinta en ellas. Además de escribir, claro. Buscaré unacasa, decidí. Con una casa enorme para los niños. Ella asintió. Llévate la mesa. Perdóname, le dije. Te perdono, me dijo. Nos abrazamos. ¿Tú crees que yo no tengo ni idea de lo que es el amor? Mi leñadora se rio. Me puse en marcha, seguida de mi pequeña tropa.

Ella me llamó. Por mi nombre.

Me volví.

¿Pero alguien lo sabe?, preguntó. Y cerró la puerta con sabor a mermelada.

————— **Benjamín Cristian Santiago Montiel**

(Torremolinos, 1998) es doctorando en Educación y Comunicación Social por la Universidad de Málaga. Es graduado en Comunicación Audiovisual, Máster en Profesorado de Secundaria, Bachillerato, FP e Idiomas (especialidad Lengua y Literatura); Máster en Unión Europea y Máster en Dirección Estratégica e Innovación en Comunicación. Actualmente está finalizando el Máster en Patrimonio Literario y Lingüístico Español.

Ha recitado en solitario en el ciclo ‘Cruza la Acera’ de la Universidad de Málaga (2022) y el Festival de Poesía Irreconciliables en Torremolinos (2022) con la performance poética ‘¿Con alas o sin alas?’. También ha recitado en el Museo Thyssen Málaga (2024) y en la II Verbena Queer (2024). Es miembro del colectivo poético pUMA, con quienes ha recitado en el Festival de Poesía Joven de Alcalá de Henares (2022), el Festival de Poesía Irreconciliables (2020, 2021 y 2023) y el Festival de Escena Viva Autóctonxs (2023).

Su trabajo aparece en las antologías Mantra (Universidad de Málaga, 2020), la antología Cuerda (Bandaàparte Editores, 2023) y la antología Jóvenes 2024 de los Premios Madroño (Área de Juventud del Ayuntamiento de Madrid, 2024). Ha sido finalista en la XI Edición del Certamen Ucopoética y en el XXXII Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid. En 2024 ha publicado su primer poemario, Nombre muerto, con la editorial Letraversal.

de mi infancia conservo
una trenza de pelo castaño oscuro
del mismo color que un ataúd
está envuelta en una bolsa
de plástico translúcido

no me atrevo a deshacerme de ella

Camino en un laberinto:
el recorrido es
una comparación
con mis iguales.

Entre estas paredes
no puedo distinguir

quién me rechazaría
o se parece a mí.

Intento competir en
un juego amañado
no sé reconocer
cuándo me gusta un niño
o si solo quiero ser
como él.

Corte a lo garçon

Acudo a la peluquería
siguiendo los pasos
de mi propio castigo.

Me imagino el lavabo
como ácido que desintegra
lo que me convierte en
la niña que dicen que soy.

No quiero que me digan
que parezco un niño
porque como me guste
no habrá vuelta atrás.

Elegir un nombre masculino jugando es una declaración de intenciones

El primer día que jugué a las casitas
le dije a mi vecina que yo sería
un secreto que no podíamos contar a nadie:
me convertí en niño, hijo, novio, padre.

Es normal jugar a ser otra persona.

En el colegio me disfrazaba de farsante
y al volver a casa me vestía

con camisetas de mi primo.

Ella nunca supo que yo solo existía
cuando jugábamos juntos.

Me baja la regla y pienso que me he cagado encima

La vergüenza cae por los muslos
y recorre una penitencia
que llega hasta el váter.

Escondo las pruebas
cubriéndolas con papel higiénico
como si el color marrón
no inundase mis bragas.

Mi madre viene a mi cuarto
me habla sobre la sangre
y yo me echo a llorar
como si la mancha
no fuera a borrarse nunca.

Mi primer encuentro con personas trans es en un entierro

Digo mi nombre por primera vez y
mi garganta se atraviesa
con una madre llorando un hijo
que no es suyo.

Las plantas de los pies se queman con velas de luto
por la muerte prematura
de un desconocido.

Un grupo de figuras no me conocen
y me piden que no sea el próximo como quien reza
esperando
evitar una catástrofe.

— **1. 10. MADRID:**
librería Mary Read
(C. del Marqués de Toca 3) – 19:00

— **2. 10. MADRID:**
librería Arrebato Libros
(C. de la Palma, 21) – 19:45

— **3. 10. GRANADA:**
Librería Lees otras cosas
(Pl. De San Isidro, 1) – 18:30

— **4. 10. MALAGA:**
Librería Rayuela
(C. Cárcer, 1) - 18:00

Colofón

Publicación: Asociación Škuc, septiembre de 2024

Organización: Aljaž Koprivnikar

Asistencia: Brane Mozetič, Lawrence Schimel

Diseño: HandBag

Impresión: Mišmaš

Este proyecto recibe el apoyo de la Agencia Eslovena
del Libro (JAK)

